

LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

CUESTION LITERARIA.

¿Cervantes fué ó no poeta?

Yo que siempre me afano y me desvelo
 Por parecer que tengo de poeta
 La gracia que no quiso darme el cielo....

Esto decia de sí el ilustre manco de Lepanto en el capítulo primero de su *Viaje del Parnaso*.

Tal opinion fué engendrada en su ánimo por los escritores de su tiempo: los cuales miraron con mucho desden las obras poéticas debidas á su ingenio y á su pluma. Pero la posteridad, veneradora siempre del mérito, no pudo menos de echar por tierra lo injusto de este parecer, reconociendo que quien supo inventar y escribir un *Quijote*, por fuerza habia de estar asistido y ayudado de las Musas.

Pero aquellos que creen que sin versificación no existe la poesia, responderán á nuestras palabras con decir: «Si Cervantes fué poeta, ¿cómo sus obras en prosa han alcanzado fama eterna, en tanto que de sus comedias nadie hace memoria sino para calificarlas de muy malas?»

Otros por el contrario replicarán: «Cervantes, como lo prueban sus novelas, no solo era buen poeta sino excelentísimo. Las faltas que tienen sus comedias nacen de no saber su autor el arte de bien versificar.»

Nosotros desde luego confesamos que Cervantes fué gran poeta; pero jamás podremos convenir en que ignoraba el modo de hacer buenos versos.

No solo buenos, sino sumamente elegantes hay en casi todas sus comedias, y de ellos podemos presentar á los ojos de los incrédulos, ó de los que sustenten la opinion contraria, multitud de ejemplos, bastantes á probar lo cierto de nuestras palabras.

Sirvan de primera muestra los versos siguientes, tomados de la comedia *La Entretenida*, y dirigidos á una fregona, amiga de cazar voluntades y de retenerlas:

Eres muy solicitada
 y muy vista; y no está el toque
 en que la flor no se toque,
 si á serlo está aparejada.
 Las flores del campo están
 sujetas á cualquier mano:
 á las del bajo villano,
 y á las del alto galan:
 al arado y al pie duro
 del labrador que lo guia;
 pero la flor, que se cria
 tras el levantado muro
 del recato, no la ofende
 el cierzo murmurador,
 ni la marchita el ardor
 del que tocarla pretende.

Estos versos en sencillez, en dulzura y elegancia compiten sin duda con los que el gran Lope de Vega usaba en el diálogo de sus comedias. En la misma *Entretenida* hay otros iguales en mérito á los ya citados. Están puestos en boca de un náufrago, y dirigidos á una dama hermosísima:

No fué huracan el que pudo
 desbaratar nuestra flota,
 ni torció nuestra derrota
 el mar insolente y crudo.

No fué del tope á la quilla
mi pobre navio abierto ;
pues he llegado á tal puerto
y pongo el pie en tal orilla.
No mis riquezas sobrieron
las aguas que las tragarón ;
pues mas rico me dejaron
con el bien que en vos me dieron.
Hoy se aumenta mi riqueza ;
pues con nueva vida y ser
peregrino llego á ver
la imágen de tu belleza.

Y no solo en las comedias de Cervantes se hallan trozos tan elegantemente versificados, modelos de galantería, sino tambien otros dignos de memoria por su dulzura en la expresion de amorosos afectos. Sirvan de ejemplo los siguientes, que se encuentran en la comedia intitulada *El Laberinto de Amor* :

Quien me viere de esta suerte
juzgará sin duda alguna,
que me tiene la fortuna
en los brazos de la muerte.

Pues no es así ; porque Amor,
cuando se quiere estimar,
con el velo del pesar
suele encubrir su favor.

Honra, eclipse padeceis ;
porque entre vos y mi gusto
la industria ha puesto un disgusto
por el cual oscura os veis.

Mas pasará esta fortuna
que así vuestra luz atierra,
como sombra de la tierra,
puesta entre el sol y la luna.

Bien quisiera que cuantos siguiendo una vulgar opinion, destituida de verdadero fundamento, han afirmado y afirman que Miguel de Cervantes Saavedra no sabia hacer versos elegantes, presentasen, á vista de los ya copiados, los grandes defectos que en ellos se encierran. Además, que diesen las pruebas suficientes para convencernos de que estos no pueden ponerse como buenos al lado de los mejores de otros ingenios, famosos por sus excelentes obras poéticas, así líricas como dramáticas.

Pero si ejemplos tales no bastan para que la luz de la verdad penetre en los entendimien-

tos de aquellas personas que son de opuesto parecer, aun hay otros, dignos tambien de memoria, en las comedias de Cervantes, y por tanto muy á propósito para el caso presente. Véase como en *La casa de los celos* responde el Amor á su madre Venus :

Has de saber, madre mia,
que en la corte, donde he estado,
no hay Amor sin granjeria,
y el interés ha usurpado
mi reino y mi monarquía.

Yo, viendo que mi poder
poco me podría valer,
usé de astucia, y vestime,
y con él entremetime ;
y todo fué menester.

Quité á mis alas el pelo,
y en su lugar me dispuse
á volar con terciopelo ;
y al instante que lo puse
sentí aligerar mi vuelo.

Del carcax hice bolsón
y del dorado harpon,
de cada flecha un escudo ;
y con esto y no ir desnudo
alcancé mi pretension.

Hallé entradas en los pechos
que á la vista parecían
de acero ó de mármol hechos ;
pero luego se rendían
al golpe de mis provechos.

No valen en nuestros dias
las antiguas bizarrías
de los Heros y Lexandros ;
y valen dos Alejandros
mas que doscientos Macías.

Cervantes en todas sus comedias nos ofrece modelos de excelente versificación, así en lo bien construido de los metros, como en lo correcto del lenguaje y en lo poético del estilo.

Y si tan buenos trozos se leen en sus obras cómicas, no inferiores pueden trasladarse aquí como muestras del talento poético de Cervantes en el género trágico. En *La Numancia* hay muchos y sobre todo algunos ya famosos, á causa de estar encaricido su mérito por varios críticos españoles de gran fama. Véanse las quejas de las matronas numantinas contra la opresion que padecía su ciudad por las legiones de la soberbia Roma, terror del mundo :

¿Qué pensais, varones claros?

¿Resolveis aun todavía
en la triste fantasia
de dejarnos y ausentarnos?

¿Queréis dejar por ventura
á la romana arrogancia
las vírgenes de Numancia
por colmo de desventura?

Y á los libres hijos nuestros
¿queréis esclavos dejállos?
¿No será mejor ahogállos
con los propios brazos vuestros?

¿Queréis hartar el desen
de la romana codicia,
y que triunfe su injusticia,
de nuestro justo trofeo?

¿Serán por ajenas manos
nuestras casas derribadas?
¿Y las bodas esperadas
háblas de gozar romanos?

En salir haréis error
que acarrea otros mil yerros;
pues dejaréis sin los perros
el ganado y sin señor.

Si al foso queréis salir,
llevadnos por vuestra vida;
porque tendremos por vida
á vuestro lado morir.

.....

Hijos de estas tristes madres,
¿qué es esto? ¿cómo os habláis,
y con lágrimas rogáis
que no os dejen vuestros padres?

¿No basta que el hambre insana
os acabe con dolor,
sin esperar el rigor
de la aspereza romana?

Decidles que os engendraron
libres, y libres nacistes,
y que vuestras madres tristes
libres tambien os criaron.

Decidles que pues la suerte
nuestra va tan de caida,
que como os dieron la vida,
asimismo os den la muerte.

¡Oh muros de esta ciudad,
si podeis hablar, decid
y mil veces repetid:
¡Numantinos, libertad!

dudo que del teatro de nacion alguna se puedan sacar otros del mismo género que los aventajen en hermosura poética.

Por todo lo citado se infiere que Cervantes era un gran versificador y un gran poeta. Tanto número de versos escelentes no están dictados por el acaso. Cuando no hay aptitud para cierto linaje de escritos, por mas que trabaje el entendimiento nada bueno, ni aun razonable, podrá conseguir. Pero á esto se dirá: ¿cómo Cervantes compuso comedias tan desmayadas en la invencion, y llenas de pasajes tan malamente versificados?

La respuesta es por extremo fácil. Las primeras obras dramáticas de Cervantes, se compusieron cuando el teatro español estaba en la infancia: cuando no hacia mas que seguir las huellas de los griegos y latinos: cuando no habia aparecido el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, para romper las cadenas que aprisionaban á la poesía, y para dar nuevo ser y vida á las comedias.

Las que se representaban antes de Lope en los teatros españoles eran tan sencillas y de tan poco artificio como las griegas y latinas. A similitud de estas compuso varias Cervantes. Parecieron bien entonces; mas luego que Lope desterró del teatro la sencillez antigua, ya todas las que se habian escrito de este modo parecian diseños ó sombras de las suyas. Un escelente crítico español del siglo XVII, ponderando el mérito de Lope por el importante servicio literario que habia prestado al mundo, disculpaba á aquel gran poeta contra los que dentro y fuera de España lo censuraban; y para ello decia: «¿No echan de ver que si los mismos á quienes tan atados imitan hubieran sido cobardes y hubieran guardado las huellas de los primeros, quedáran cortos como ellos? Crece el arte con el tiempo. Él lo alienta, él lo cria, él sobre sus hombros lo pone en la cumbre de la perfeccion.»

Convencido Cervantes, cuando ya era viejo, de que sus primeras obras dramáticas por su sencillez griega y latina, con otras de este género habian sido desterradas del teatro, intentó seguir las corrientes del gusto de su siglo, é imitar las comedias del gran Lope. Pero su vejez, aunque no lo habia privado de la invencion, le quitó á lo menos el gusto delicado que se necesita para la composicion de tales obras. Por otra parte, su ingenio acostumbrado á escribirlas con menos artificio y en otra

forma, no pudo acomodarse fácilmente á entregar á las aguas del olvido lo que aprendió en los floridos dias de su juventud. Un escritor podrá variar de gusto literario en el discurso de su vida; pero jamás del estilo que supo formarse cuando comenzó á dar sus obras á la imprenta.

Por lo demás, es indudable que en las comedias y otros trabajos poéticos de Cervantes hay multitud de versos malamente contruidos y de todo punto desapacibles. Pero entre ellos se encuentran largos pasajes, llenos de otros de buena construccion, mejor estilo y sumamente gratos al oido de los lectores.

Esto no consiste mas que en la suma facilidad de Cervantes en componer, y de su mucha pereza para castigar los defectos de sus escritos.

Quede, pues, sentado que Miguel de Cervantes Saavedra, aunque incorrecto casi siempre, ni fué mal poeta ni peor versista como aseguran algunos; pues para destruir tan falsa opinion, sobradas pruebas existen en sus obras dramáticas y líricas.

A. DE C.

REVISTA POÉTICA DEL DIA DE DIFUNTOS.

Como es costumbre, nuestros noveles y vistosos vates se han apoderado, digámoslo así, de un dia tan marcado como el de difuntos para plagar los diarios con los rasgos de sus fecundas imaginaciones, y con trozos sublimes de poesia, como una muestra de la estension de su vena poética. Quién nos da una oda, y quién un fragmento, que como habia de decirnos ser una letrilla, un romance, un soneto ú otra de las diferentes nomenclaturas que tiene el metro poético, le llama fragmento. A la verdad, si es efectivamente trozo de algun poema, deberá ser sublime y lleno de conceptos bellísimos, segun se puede deducir de lo que lleva publicado hasta la fecha y que empieza así:

Triste y vibrante son el aire hiende
La lúgubre campana en este dia:
Cuanto miran mis ojos todo tiende
A despertar pavor, melancolia.

En los primeros dos versos notamos que hay algo de mas y de menos y no sabemos cuál sea el nominativo ni el acusativo, pero el autor lo sabrá y con ello basta y sobra. A la idea de los dos segundos quiso el cielo corresponder, y estuvo nublado todo el dia, como debió estar la imaginacion del poeta cuando escribió su fragmento. Sigue luego:

Si me lanzo á la calle presuroso,
Observo inmenso pueblo que entutado...

Me parece estar viendo al poeta salir corriendo á la calle poniéndose sus guantes negros y como asombrado de ver á todos los que pasan vestidos de luto. Nuestro ingenio adivinó el modo de vestirse en esos dias la generalidad, que por costumbre lo hace de negro.

Mas ¿qué mansion es esta? ¡El cementerio!
¡Silencio! melancólica morada!

En el primer verso se espanta nuestro hombre del lugar que tiene ante su vista, y siendo sumamente desconocido para él nos pregunta ¿qué es esto? Me lo represento ya con tanaña boca abierta ante la sagrada mansion que tan desconocida es para él, en tanto que tiene la feliz ocurrencia de imponer silencio á aquel lugar santo.

Los huesos aqui están de mis abuelos;
Yacen tambien cenizas respetadas
De mi padre, mi gloria y mis anhelos;

¿Con que la gloria de V. yace entre cenizas? Que sea enhorabuena: pero creo que V. ignora por lo visto que, como era tan imperceptible, no fué respetada por un fuerte levante, que la arastró hácia el Océano, donde en obsequio de todos yace sepultada para *in sæcula sæculorum*.

No crean nuestros lectores que ha sido lo único digno de leerse el fragmento antes citado. Hay otros varios del mismo género, pero sobre todos una oda á la conmemoracion que corre parejas con el tal fragmento y que entre otras lindezas nos dice en su principio lo siguiente:

Al resonar mi acento
 Con eco dolorido,
 Yo cruzaré bajo la noche umbría,
 Yo que triste camino
 Buscando la verdad, si eres mi guía.

Tiene el poeta razon en decir que su acento resuena con eco dolorido, pues efectivamente nos duele oír sus versos; y aunque camina buscando la verdad, nunca la encontrará si persiste en hacer versos; pues la verdad está en que no los hace buenos, y para no hacerlos así mas vale que cuelgue su destemplada lira y la tenga arrinconada hasta que yo le avise.

Pide al Señor que lo inspire, y hace bien, pues cuando compuso su conmemoracion no lo estaba. Su imptecacion comienza en esta forma:

¡Inspírame, Señor! que eres del hombre
 La luz primera, el irradiante faro,
 Y al pronunciar tu nombre,
 Bajo la égida de tu escelso amparo,
 Corone de mi sien la frente luego
 Rica auríola de brillante fuego.

Para conseguir el objeto que tanto ansia, no tiene mas que sumergir la cabeza en una vasija de espíritu de vino y aplicarse un fósforo en la nuca y al momento verá realizados sus deseos.

Mas, ¿dónde están, decidme, qué se hicieron
 De aquellas cien y cien generaciones
 Que el espacio del mundo recorrieron?
 (Se murieron).

Sus palacios y fuerte torreones
 Decidme ¿dónde están?... ¿a dónde fueron?
 (Se cayeron).

Y montones de huesos disecados
 He visto por la tierra repartidos
 De aquellos ascendentes olvidados.

Segun nuestro idioma, son ascendientes y no ascendentés, á pesar de que quizás no comprendamos la idea del poeta, y segun ella así estará bien ó mal empleada esa palabra.

Y con vano oropel si se cubrían,
 Los buenos contagiaban,
 Mal olor despedían.

¡Puf! ¡puf! Abandonamos la lectura de su con-

memoracion por no poder sufrir el mal olor que despiden, por malos, sus versos. ¿Pero qué podemos decir nosotros á quien buena-mente se llama bendito, segun se lee en el final de su oda? Dice así:

Entonces, al cerrarle allí la entrada
 Al soberbio del suelo,
 El arcángel del Cielo
 Con fulminante espada,
 Y al decirle... ¡maldito! ¡!....
 De caractéres rojos
 Pondrá en su frente su renglon escrito
 Al coronar las sienes del bendito *Fulano de Tal*.

¿Qué tal, no es un modelo de poesía este final? ¿no se encuentran bellisimos conceptos? Y nosotros concluyendo por hoy este artículo, decimos bendito y alabado sea el que inspira á tan fecundos vates como los que llenan las columnas de los diarios del dia 2 de Noviembre, de quienes nos despedimos como sus mas sinceros admiradores, deseándoles facilidad para llevar á cabo las empresas que acometen y la gloria de que son acreedores.

L. DE G.

EL AMIGO DEL GAS.

Cuando te digo, querido suscriptor, que todas las penurias me han de caer encima, es porque lo sé de oficio. Pues has de saber que yo tengo un conocido, que me dice «amigo», en una tierra de campo no muy distante de esta ciudad: es un hombre de buena fe en todo lo que no atañe á intereses, con su mucho de rusticidad y poco de educacion, y con una dosis mas que estremada de amor propio y nada de lo que se llama sentido comun; sin embargo de todo, ha sido en su pueblo autoridad, ha dispuesto de los propios como si fuera de los ajenos, á todo el que ha tenido entre ojos lo ha llevado á la cárcel, y se ha dado el tono de un sultan entre los pobres que ha regido: por fin, es un hombre como decia el otro del tenor siguiente y no decia nada; pero yo digo que aunque se hizo levita, es un paleta mas grande que el que unce en su carreta.

Pues este caballero me escribió el Domingo pasado la carta que á la letra copio :

Sr. D. Fulano etc.

«Me alegraré quisté esté güeno y su mamar dusté, y su familia dusté y toda la jente, » la mia es güena para lo que guste usted mandá, » esta se dirige para desisle á usted que sigun » le habia yo dicho á usted la úrtima ves que » nos vimo úrtimamente, voy á esa de Cáis, » mañana, para tené, la complaciencia de verlo » á usted y á su familia de usted, y abrasar á » usted. Y no ofreciéndose otra cosas, quedo yo » Migué Abejorro y Carsonas su afectisimo se- » guro servidor de usted que sus pies bensa Mi- » gué Abejorro y Carsonas.»

Pasemos la lectura de la carta sin deternernos en comentarios, y vamos á que á las ocho de la mañana del lunes, hora en que me hallaba yo dormido, hecho lo que se llama un inocentito, gritó mi criada aporreándome la puerta, y con la voz que tienen todas las criadas, destemplada como todos los cuchillos que cogen por su banda, y turbia como todos los vasos que limpian cuando se están acordando de los novios, y cate usted que al primer grito salté de mi cama con la velocidad de una tapa de savoneta; y pude entreoir lo siguiente: «señorito aquí está un hombre que lo busca á V.» «Quién es?» le repliqué. «Un hombre» me contestó. «Qué quiere ese hombre tan de mañana?» La criada pasó al corredor, y al cabo de un rato volvió diciendo: «es uno que está ahí, y trae las calzonas:» «dile que se los ponga á S. Sebastian que á mí no me hacen falta» le repliqué; me armó una algarabía de cuatro mil cotorras, y se marchó. Es una fatalidad que no se enteren los criados jamás de lo que se les dice, todo lo han de tomar al revés menos el salario; y á propósito, ayer le mandé hacer de almuerzo á la mia carne en estofado y chocolate, y me trajo el chocolate en una cazuela con harina y hojas de laurel, estofado hasta la quinta esencia. Vamos á que al cabo de un rato y cuando me volvía á acurrucar, pegan con un palo en la puerta de mi alcoba; ábrola yo mas cargado que un caracol, y me veo que me abraza con toda la fuerza y la brutalidad que pudo reunir el amigo susodicho, el Sr. Abejorro: me echó una carcajada á quema ropa (si la hubiese tenido puesta) y me dijo que nunca he estado mas á propósito para plan-

charme: por fin, despues de haberme estrujado contra su seno de ciclope, y de haberme transmitido parte de la mucha agua que habia recogido de los aguaceros de aquella mañana, me dejó libre y tiritando, y me volví á las sábanas, atónito y contento como va á su agujero el raton escapado de las uñas del gato. Desde mi cama como desde una fortaleza pude considerar aquel monstruo deforme, embozado en una levita de figura de escaparate, cuyo traicionero talle se iba encaramando á toda prisa por las espaldas como si le fuera á dar alcance al cuello de figura de alcantarilla, puesto ya en contacto con su sombrero que el año de 20 fué de medio-pelo, con mas alas que tiene un favorito, y mas lustre que se da un elegante acabado de rizarse el pelo, mas que sombrero era un bien te veo.

Pues, señor, mi hombre se sentó encima de mi reloj, y luego de haberse limpiado los zapatos en la alfombra, me dijo de esta suerte: «Pues amigo, don Pepe, ¿á qué no sabe usted á qué he venido yo á esta? con el ojerto único de ver el gan,» el alumbrado de gas queria decir mi hombre, «abajo he dejado un barril y dos botijas y mi sombrerera, y luego iremos á que me la llenen de gan, pues me quiero llevar para mi cortijo un poco, porque todo el mundo dice que me sale mas barato: una libra de aceite vale en mi pueblo 22 cuartos, y si me dan aqui la libra de gan por dos reales, ya ve usted que puedo llevar para mi pueblo 15 ó 20 pipas y hacer de camino ese negocillo.» «Don Miguel,» le respondí, «está V. en un error, el gas de que V. me habla, no se vende por libras, es un fluido, ni tampoco puede trasportarse en botijas como el vinagre, yo no lo estraño que V. piense asi; personas hay que creen poder llevarlo en papeles como la manteca: el gas, para darle á V. una esplicacion que la pueda entender, es viento inflamable, y ya ve usted que nos veriamos apurados para llenarle la sombrerera de ese fluido.» Quedóse mi hombre cabiloso mientras me vestí, y pasamos al desayuno que segun se zampaba los huevos fritos me figuré se los metía entre la camisa y el chaleco, se abrasó al tomar su jicara de chocolate y hubo caracas para Juan y Juanillo.

Salimos de paseo, parándonos bajo todas las farolas que le decia eran de gas, y á no haberlo yo contenido, impulsado por su impaciencia se hubiera encaramado en una de ellas para aplicarle un fósforo. Desde las 5

de la tarde, volvimos á observar las farolas, y acompañamos al gallego que las enciende toda la calle Ancha y plaza de S. Antonio aprisa y corriendo y con la boca abierta, tropezándonos con todo bicho viviente, que no son pocos. La noche entrada nos pusimos á observar las luces y exclamó mi amigo: «sabe V., D. Pepe, que es mas el ruido que las nueces, ó yo me he vuelto corto de vista, ó esas luces están muy pacas (opacas queria decir); yo si no hubiese estado en antecedentes las hubiera creído luces de mariposas, y aquello que decían al principio, que á los 14 pasos se leía una carta escrita? pues compadre, yo pegadito, pegadito á esta falora, apenas me distingo las uñas.» Amigo, le contesté, esto no es de extrañar, mire V., ya hace mucho tiempo que se encuentra el alumbrado en este estado, y sabe V. en lo que consiste? «En la consistiura» me replicó D. Miguel. «Cabalmente, amable amigo, en eso, en la consistidura, en la consistidura, que no está en manos de nosotros, los paganos, sino en la... pues, que no... y unos duros, y otros blandos de corazon, la... «y el que queda en medio,» exclamó Calzonas, «ese paga el pato.» Pero creo, le contesté, que ya las autoridades tomarán mano en eso, aunque no creo que la empresa tenga necesidad de sufrir semejante paso, pues cada cual sabe su deber, y si estamos tan mal alumbrados no tiene nadie la culpa, sino el gas.

En estas y otras conversaciones, llegamos á un establecimiento donde se le antojó á mi Paleto comprar una baratija para su mujer: cogió unos zarcillos negros, de cristal cuajado, me lo arrimó á mis orejas, como para formarse un cálculo de lo-bien que le sentarian á su cara mitad, cuando en medio de esta manobra, vimos como don Simplicio Bobadilla, que no veíamos nada, la idea mas completa del caos se vino á nuestros ojos, la oscuridad mas absoluta reinó en el establecimiento, un bullicio extraordinario armonizó la oscuridad, los almaceneros partieron á las puertas y las cerraron con toda la buena fe de un almacenero escarmentado, á tanto llega la furia de atraer marchantes, que parecia querernos dejar á cenar con ellos, cada cual para su bolsa gritaba á mas y mejor, las mamás llamaban á sus hijas, las hijas á sus madres, los maridos á sus mujeres, y las mujeres á los maridos. «Adela» exclamaba una, «mamá Luisa» exclamaba otra, y en medio de la ruidosa armonía, se escuchaba como

un serpeñon entre diez flautas la voz de mi bestial amigo que exclamaba, «socorro, que no veo, que me he quedado ciego, tened compasion de un pobre que ya no lo puede ganar.» Por fin salieron los dueños del establecimiento, uno con una vela de sebo de á dos en libra, y otro con un reverbero que alumbraba á la fuerza, y nos volvimos todos á ver las caras; en la de mi amigo estaban pintado el asombro y la imbecilidad, parecia un monstruo, su sombrero se lo habia abollado buscando salida, sus crespos pelos se le derramaban por la cara como vellones de tostada lana, la una de sus colosales tirillas habia pasado á buscar los antípodas de su corbatin de pana, en tanto que la otra le hacia punteria á las cejas: el chaleco se lo habia desabrochado, y tenia los brazos al techo, mostrando en ambas manos infinidad de madejas de seda, que en su atolondramiento asió distraido. Por fin, vueltos todos lo que sufrimos la encerrona del asombro, y despues de reconocernos indirectamente los dueños del establecimiento, abrieron estos las puertas y pudimos salir á la calle, donde nos cercioramos que el *apagatis lucis* habia sido general, que no habia quedado farola con vida.

Noche deliciosa fué en verdad, pues era una delicia acercarse á los corrillos que se deshacian en conjeturas y suposiciones. Allí decian unos, esto debe ser que el gansómetro se ha quemado: otros respondian; no señor, es que se quedó destapada la caldera, le ha llovido, se ha mojado todo el gas y se ha quedado hecho fango; y finalmente atrocidades de este jaez: por fin el resto de la noche lo pasamos con raquíticas candilejas y sus trocitos de luna.

Nuestro paleta no habló palabra, cenó como un desesperado y al otro dia marchó á su pueblo, bajando los ojos al suelo siempre que pasaba bajo una farola de gas. Al pasar por delante del teatro Principal, de camino para el muelle, se entró en él con objeto de verlo y salió al cabo de un rato diciéndome, «entre V. amigo, entre V., vamos á echar en una rifa, están rifando ese teatro, yo voy á echar cuatro ó seis cédulas, y si lo saco, ya verá V. qué de condicoraciones hago, y como lo pongo, quemo todos los trapos que hay en él, y echo abajo las galerías, y pongo todas las lunetas para personas gordas, así como ahora están todas para personas flacas.»

Entré en el teatro, vi que efectivamente habia una rifa, pero no era la del teatro como

decía mi amigo, sino la de los abonos de palcos, pues ahora parece que ha entrado una afición a la ópera, extraordinaria.

Dejé á mi amigo don Miguel embarcado para su tierra, y yo me volví á mi casa á escribir lo que antecede, y laus Deo.

J. S. P.

REVISTA DE TEATROS.

TEATRO PRINCIPAL.—En esta semana hemos tenido el gusto de oír la ópera *I Lombardi*, del maestro Verdi, muy conocida del público de Cádiz, y oída á varias cantantes, entre las que se cuenta la Sra. Vittadini, que tanto en esta temporada como en la anterior ha tenido á su cargo el mismo papel, y que en ambas ocasiones ha desempeñado bien. Sin embargo, vamos á hacer unas pequeñas observaciones á esta Sra. En la cavaleta del segundo acto, al decir las palabras

queste del cielo—non fur parole...

no, Dio nol vuole—no, Dio nol vuole...

procure decirlas sin retardarlas, y con un poco de mas viveza, pues son hijas del delirio que produce en ella el recuerdo de la muerte, que rechaza su creencia religiosa, y por lo tanto deben ser cantadas con ligereza y entusiasmo. Tambien le diremos que el rondó final lo ha ejecutado á la inversa de la cavaleta del segundo acto, es decir, con mas viveza de la que se requiere. Hemos notado, si, que á veces ha querido cantarlo como debía, pero no ha podido hacerlo porque la orquesta la ha obligado á precipitarse. Hasta cierto punto esto es mas bien defecto de la orquesta que de la Sra. Vittadini, pero que puede remediarlo con algunos ensayos mas.

El Sr. Carrion se ha mantenido en *Lombardi* á la misma altura que se colocó en *Lucia*. Las mismas buenas cualidades que entonces reconocimos en él, nos las ha hecho ver nuevamente en la segunda ópera que ha ejecutado.

Notamos con sentimiento que las dos primeras noches en que cantó *Lombardi*, estaba algo ronco. Ahora vamos á hacer una advertencia al Sr. Carrion que creemos apreciará en su justo valor, pues es dictada por la buena intencion de que brille cuanto debe, y no por el prurito de criticar. Se reduce á aconsejarle que tenga mas confianza en su voz, pues notamos que en el terceto del tercer acto, dió un *si* natural con bastante claridad (punto que creemos hace algun tiempo no se oye en nuestro

teatro en un tenor), y vemos que en el resto de la ópera no se atreve á dar puntos mas bajos, haciendo temblar su voz. A esto se nos dirá quizás que el cantante la esfuerza sin temor, cuando puede ser cubierta con la orquesta y otras voces, y no se atreve á hacerlo cuando necesita modularla y dulcificarla al canto: conocemos esto, pero teniendo mas confianza, que con el tiempo la adquirira, podrá lucir mas y cantar con la franqueza que debe quien posee una voz como la suya.

En la parte de bajo hemos notado un gran vacío en toda la ópera, y por ello volvemos á suplicar á la empresa haga venir cuanto antes al bajo *D. N. N. que está en ajuste*, segun el prospecto. El Sr. Patriossi, ha hecho cuanto ha podido por llenar la parte que sin corresponderle ha desempeñado, y á pesar de sus esfuerzos y buenos deseos, no lo ha conseguido, pues no es posible que un baritono cante como se debe la parte de un bajo profundo.

Los demás cantantes que salen en *Lombardi* se han mantenido á la altura que se encuentran en la clasificacion de actores de la compañía, es decir, muy secundarios.

El solo de violin ejecutado por el Sr. Austri fué escuchado por el público con gran atencion y aplaudido con entusiasmo, como se merecia por la grande afinacion, ejecucion, claridad y buen gusto con que fué desempeñado.

TEATRO DEL BALON.—No nos ha hecho ver nada nuevo el Sr. Valero en esta semana; repeticiones y mas repeticiones es lo que da al público el eminente actor, á no ser que alguno entienda por novedad el Soprano, comedia *nunca triste* y del género del Dómine que con tanto tino cultiva el Valero.

¡Llor eterno al muy célebre primer actor, que sin rivales existe hoy en España! ¡Llor al nunca bien ponderado clown de la escena española! (Salve, salve! L. DE G.

Segun se dice por ahí, parece que en la semana anterior han publicado los admiradores del apreciable comediante Sr. Valero una hoja, con el fin de declarar sus nombres que son, si mal no recordamos, D. Manuel Vicente Moreno y D. Fulano Genaro Casado, personas muy conocidas, ya que no en la republica de las letras ni en Cádiz, á lo menos en sus casas. Ni una palabra responderemos á cuanto en esa hoja se diga. El deseo de esos señores es adquirir una importancia que no tienen. Necios seríamos nosotros, si por cualquier motivo se la diésemos.